

298

Nazis

Un muchacho raro, vestido de negro

A las 11 de la mañana del domingo 31, un muchacho alemán (24 años, casado, una hija; mecánico de automóviles) entró pisando fuerte en el bar *Graff Zeppelin*, frente a la plaza de San Fernando, en los suburbios de Buenos Aires.

El *Graff Zeppelin* está en decadencia. En otras épocas, fue lugar habitual de reunión de algunos de los sobrevivientes del *Graff Spee*, el acorazado alemán hundido por los ingleses en el Río de la Plata. Allí, con la entonces propietaria del local, una alemana llamada Mariana Lübke, los expatriados discutían minuciosos problemas políticos y estratégicos y esclarecían, sobre el papel, cómo hubieran debido proceder los generales para ganar las batallas. Pero Mariana Lübke (murió hace pocas semanas) vendió el bar en 1952 y desde entonces, curiosamente, el local sólo fue comprado y revendido por españoles: la clientela alemana se dispersó, desaparecieron de la bodega ciertas clases de cerveza, la lista fue perdiendo las más complicadas especialidades de emparedados. Gradual-



Adolfo Eichmann, hijo: Sus vecinos lo miran con desconfianza.

un lugar descascarado y aburrido. Tal vez por eso, los mozos no pudieron sacudir su modorra el domingo 31 y advertir que el joven que acababa de entrar vestía botas y pantalones de cuero negros y ostentaba en la manga de la camisa parda un brazalete rojo con la cruz gamada bordada en negro.

Adolfo Eichmann, el hijo menor del criminal nazi ajusticiado en Israel, se reunió en una mesa de un rincón con algunos periodistas a los que había citado por teléfono. Habló con voz firme, aunque algo atiplada: "Hoy —dijo— se cumplen dos años de la muerte de mi padre, el teniente coronel Adolfo Eichmann. Los he citado para recordarles que esa muerte no

fue en vano." Parecía un hombre nervioso, cargado de tensión bajo las costillas; su mirada era muy fija.

La casa donde él vive, en los bañados de Bancalari, en una zona sin luz eléctrica ni excesivas garantías para quienes se aventuren por ella de noche, volvió así otra vez —como cuando, hace casi tres años, Eichmann fue descubierto allí— a ser meta de peregrinaciones periodísticas. Adolfo trató de mostrarse sobrio y reticente ante los cronistas locales y corresponsales extranjeros, aunque no tanto como para no permitir que se filtraran algunas declaraciones "informales". Insistió en reivindicar la figura de su padre —"nunca nos ocultó nada", dijo— e insinuó que trabaja ahora en la preparación de un libro con alguna documentación que le dejara su progenitor. Ante un corresponsal francés admitió que era visitado a menudo por los jóvenes de Tacuara —"me traen sus autos a arreglar y siempre me ofrecen ayuda, pero nunca les he aceptado nada", explicó— y, paralelamente, amenazó con la instauración de un Nuevo Orden en la Argentina, para lo cual habría ya fundado un partido nazi local, a pesar de su condición de extranjero.

Entre los vecinos de Eichmann reina ahora algún desconcierto. "Nunca lo hemos criticado —dijo un comerciante de la zona— porque no parece mal chico y porque demasiada desgracia tiene con ser hijo de quien es. Pero este último tiempo está muy raro, muy raro." ♦